



la ceremonia sagrada. Esta ceremonia se celebraba con toda solemnidad; durante el sacrificio, el óleo que se extraía de una redomita sagrada servía de unción al monarca, á presencia del que el sacerdote recitaba estas palabras: «Yo te he conducido entre nosotros al lugar sagrado: sé fuerte; asegúrate y no tiembles. Todo el pueblo te desea. No fluctúe tu autoridad de monarca..... Aumenta en grandeza..... El mundo está firme, la tierra está firme, las montañas están firmes, todo el mundo está firme. ¡Que el rey de las familias sea también firme!... ¡Que Indra y Agni sean el seguro sosten de tu reinado! ¡Que Indra haga fiel á tu pueblo para que pague los tributos!.....» Después replicaba el monarca: «¡Viva yo sin rival! ¡Triunfe de mis enemigos! ¡Reine yo sin contienda! ¡Brille entre todos los pueblos y entre los hijos de mi pueblo (1).» Hé aquí la autoridad real védica formada bajo la alianza del poder hereditario y del poder místico.

Por bajo de la autoridad real y de la aristocracia militar, se hallaba el pueblo; el pueblo guarda de los inmensos rebaños, el pueblo que arrastra el arado, que siembra el grano para coger su cosecha en la llanura, el pueblo industrial que conoce las artes, que teje los vestidos, que sabe trabajar al torno los cálices de madera, y asimismo trabajar el hierro á la forja, que combina los metales preciosos, el oro y la plata para los usos de lujo y adorno, que corta los árboles para hacer de ellos barcos ó carros, y que, por último, junta á las utilidades del comercio los productos del cultivo.

Al lado del castillo se extiende la ciudad que habitan los *Vicas*, con cuyo trabajo suministran los tributos al rey, y las familias dan sus guerreros al ejército. De tiempo en tiempo tienen sus fiestas, y en ellas hallan el reposo y el placer; en ellas el señor ejerce actos de verdadera liberalidad y largueza, invitando á sus súbditos á los festines, á los ejercicios corporales y á los espectáculos, y les permite de-

(1) Tales son los principales pasajes de los dos himnos que refiere M. Emilio Burnouf, págs. 237 y 239.

dicarse al juego de los dados, pasión de los *Xattriyas*, ruina de las familias y á veces perturbación de los Estados.

La familia está sólidamente constituida entre los aryás. Los antepasados son para ellos objeto de una veneración que llega hasta el culto de sus almas. Estas almas, adornadas de un cuerpo glorioso é invisible, reciben los sacrificios domésticos. La religión es también la que consagra el matrimonio; el esposo es conocido con el nombre de *páti*, señor, no porque tenga sobre la mujer un absoluto poder, sino en cuanto es su jefe, y el jefe de la casa. La esposa no se enajena ni de su libertad, ni de los derechos naturales de su persona; la mujer recibe un protector, *náta*, un defensor, no un tirano; ella es para el hombre una compañera, no una esclava, ni siquiera una inferior. Se ocupa en los cuidados del interior de su casa, de los trabajos que no exigen esfuerzo alguno físico, pero está asociada á los honores de la sociedad, tiene su puesto en las ceremonias, va á recoger la yerba sagrada, *sóma*, sobre la colina; tiene á su cuidado los vasos del sacrificio. En el solemne acto del culto, cuando el esposo y la esposa se acercan al altar, el esposo es designado con el nombre de *Devá*, y como asimilado á la divinidad, y la esposa se llama *dévi*, y participa de la misma gloria. En la familia, su nombre es *dam* y *patni*, señora y dueña, porque dirige á las demás personas; es la *grihapatni*, la señora de la casa. Con tan elevados pensamientos, la monogamia debía ser uno de los rasgos característicos de la raza arya; en efecto, la monogamia reinó desde su origen, y no sufrió alteración sino con el trascurso de los tiempos. En un principio, como en las épocas patriarcales, para suplir la esterilidad de la primera esposa, y después por debilidad y disolución, pero solamente entre los jefes, y sin producir siquiera el servilismo de las mujeres de segunda mano, se conoció la poligamia.

El hijo viene á estrechar la unión conyugal y constituir á la familia. El esposo se hace *píttri* y la esposa *mátri*; estos son los títulos humanos engrandecidos y elevados á la categoría de poder. El hombre es entonces un sér



completo; extiende su solicitud á la mujer y á la procreación que de ella procede; es, no solamente el que ofrece los sacrificios, *hótri*, sino el poeta, *kávi*, que ha de transmitir los cánticos sagrados á sus hijos, y será su maestro espiritual, *guru*.

Sobre la religión descansa la familia, y la rotura de los lazos que á esta unen es un sacrilegio. «La ruina de una familia, dice el gran poeta posterior á Veda, que recibió de él las tradiciones (1); la ruina de una familia causa la ruina de las eternas religiones de la familia; la familia es agobiada por la irreligión. Por la irreligión se corrompen las mujeres de la familia; de la corrupción de las mujeres, nace la confusión de las castas, y por esta confusión caen en los infiernos los padres de los destructores de la misma familia.»

Una sola palabra de esta poética enseñanza, hace que nos ocupemos, siquiera sea brevemente, de las *castas*. En el período veda están como en germen; aún no se conocen. Es indudable que hay en aquella sociedad primitiva profundas distinciones, que se acentúan más y más á través de su duración. El poder sacerdotal se separa del poder real y patriarcal; hay sacerdotes que forman una clase aparte por temor de ser oprimidos; pero para alcanzar bien pronto una preponderancia incontrastable. Los guerreros, los *xattriyas*, se aíslan; el pueblo, los *vicás*, se juntan.

Sin embargo, estas clases no están separadas por barreras inexpugnables, sino que es accesible el paso de una á otra. En el último escalón están los vencidos, los *dasyus*; con ellos, y solamente con ellos, las alianzas matrimoniales están prohibidas. Por lo demás, son libres. A decir verdad, las clases de los aryanos primitivos serían más bien órdenes, pero órdenes que no tardarán en acentuarse en castas. Esto será obra del brahmanismo. Y va en breve á realizarse: los sacerdotes absorben poco á poco el ministerio de los sacrificios, de los ritos, de las ceremonias; aceptan la pobreza, la persecución misma, por conservar más exclusivo el

(1) En la *Baghavat-Gita*, l. 40. Fragmentos citados por M. Emilio Burnouf, *op. laud.*

derecho de la enseñanza religiosa y mística. Se retiran á la soledad, y en ella dan principio á aquella vida de severidad y de orgullo que los hará tan venerables, á título de *munis* ó de *ritchis*, á una población que fascinan con sus apariencias y extravagantes austeridades.

¿Cuál era, pues, en lo que nos es dable averiguar, atendiendo á la grande distancia, cuál era la doctrina religiosa de que se hacía intérprete este sacerdocio público, después de haberla arrancado de las enseñanzas orales y tradicionales (1) del sacerdocio doméstico?

Los aryás eran monoteístas. Su gran Dios, el sólo digno de este nombre, es *Agni*. Agni, á quien la pérdida de las nociones primitivas simbolizó bien presto en la sustancia del fuego, y adoró al sol (2). Agni es «el adorable, es verdaderamente el rey soberano,» es el origen de los

(1) Nótese bien que entre los druidas, y también en la India primitiva, la enseñanza era puramente oral.

(2) M. Emilio Burnouf dice con razón: «Es una opinión vulgar que el gran dios de la India y de la Persia fuera el sol; esta opinión es inadmisibile.» Sólo que también el sábio indio nos parece que cae en otro exceso cuando no consiente ver en Agni más que el «gran príncipe de la vida, el príncipe igneo.» Es indudable que debemos tener muy presente el simbolismo, y por lo que hace á nosotros, estamos perfectamente de acuerdo en no disputar el valor de esta forma de separación y conservación á la vez de la verdad. Pero una religión que no es más que un símbolo, no es verdadera religión. El pensamiento es indudable que está sobre el simbolismo; el pensamiento busca la realidad, y el simbolismo no le ofrece más que la figura. Por consiguiente, el fuego, el sol, el principio vital no es más que la sombra metafísica del poder creador, la imagen débil de la misma divinidad.

El simbolismo, no podremos negarlo, usurpó bien pronto el culto debido á la divinidad; el ídolo reemplazó á Dios. Esta es la marcha progresiva y uniforme del error; este no es más que una verdad, de la que con frecuencia se abusa, como dice Bossuet. Dos pueblos destituidos de la revelación caen de lo verdadero en lo falso, y nunca se elevan de lo falso á lo verdadero. En esto, la teoría de que parece participar M. Emilio Burnouf, y que representaría á la India como desenvolviendo por la metafísica y progresivamente la idea personal de un Dios creador del simbolismo preexistente y del culto del principio increado, es contrario á la lógica y á la tradición. Esta teoría la rechazan los concluyentes hechos que aduce M. Adolfo Pictet, y con los cuales completamos este estudio sobre la religión de los aryas.



séres animados é inanimados; él es el *Demiurges*, el gran forjador del Universo, otro Vulcano, el *Héphaistos* de los griegos; el que ha cimentado el mundo en variadas formas, el que da á los animales y á las plantas sus figuras y colores. El trasmite la vida, y es el autor del pensamiento, de la inteligencia y de la ciencia. «Agni, dicen los himnos, no conocemos tu grandeza; tú solo guardas el secreto (1).» Agni es el protector y el padre de la humanidad, y ¡cosa extraña! en el sacrificio que se le ofrece interviene como soberano, sacerdote y sacrificador (2). Aún más: se encarna y se inmola en los tres altares, reuniendo en una misma fraternidad de súplicas todos los hombres que se unen á él, que es señor de la piedad, *Brahmanaspati*.

Él solo es el que con estos nombres, atributos y diversas personificaciones, es reconocido por los aryaes de la India y los de la Persia, por el Dios único, creador y conservador. Así, por ejemplo, léase el himno de *Pragapati*: cada estrofa celebra la majestad divina con un extraordinario poderío de poesía y grandeza, y termina con la exclamación: «¡A quién sino á este ofreceríamos nosotros holocaustos!» Este Dios á quien invocamos, «es el único Señor del mundo; llena el cielo y la tierra, da la vida y la fuerza; los demás dioses desean su bendición; la muerte y la inmortalidad no son más que su sombra; las montañas cubiertas de rocío, el Océano con sus ondas, las grandes regiones del cielo, proclaman su poder. Por él fueron sólidamente fundados el cielo, la tierra, el espacio y el firmamento; ha derramado la luz en la atmósfera. El cielo y la tierra tiemblan de temor á su presencia. Es el Dios sobre todos los dioses.»

Podremos también añadir con uno de los más eruditos de aquel tiempo:

«Nombres tales como *Pragapati*, señor de

(1) Véanse las citas de M. Burnouf, y singularmente el himno *Trita aptya*, IV, 137; el de *Kut-sa*, IV, 135.

(2) Entre los sacrificios, el único sangriento, por decirlo así, de todos los que tenían los Aryas, es el *Açvaméda*, el sacrificio del caballo, en el que se observan estas particularidades. Agni está simbolizado en el noble corcel, que hace como él tres paradas.

las criaturas, y *Perusha*, alma suprema; *Asura*, espíritu viviente; *Daksha*, poderoso por voluntad, la sabiduría; *Mitra* ó *Aryaman*, el bienhechor, el dios amigo; *Dhatar*, el creador; *Savitár*, el productor; *Toashitar*, el formador, pueden ser considerados como otros tantos epítetos de un Dios único. Esto es lo que, por otra parte, asegura un pasaje del *Rigveda* (I, 164-46), donde se dice que los sábios dan varios nombres al *Sér que es único*, y le llaman á su vez Indra, Mitra, Varuna, Agni, etc. (1).»

El monoteísmo existía, pues, en aquellos tiempos primitivos; sin embargo, ya el simbolismo empezaba á invadirle.

Si el fuego es el símbolo de Agni, el supremo *Asura*, el vivificador, el que da la vida (2), «el sér por excelencia, el sol, será el símbolo de Agni; y antes que sol, su energía atmosférica, su poder meteórico, *Indra*, su fuerza, recibirá un culto igualmente simbólico.» Agni no puede ser representado por la pintura ni por la escultura; Indra lo será. Este será el dios que toma forma, el rey de los ángeles (3). «Indra es el vencedor, el productor de las aguas fecundas, el sostenimiento del mundo, el poderoso, el *Xattriya*, el *Raja* por excelencia.» Pero del reconocimiento mismo de sus adoradores, en el fondo es Agni (4) el príncipe único.

Un grado ménos, y tenemos al sol, símbolo visible de la divinidad, y la luz para el mundo. El sol es considerado bajo tres aspectos: es *Surya*, la luz, el brillante (5); *Visnú*, el viajero, el productor, el que mide el Universo en tres pasos, la aurora, el mediodía y el ocaso, el que da calor á la tierra; por último, es el *Pu-*

(1) M. Adolfo Pictet, en su libro sobre los aryaes primitivos.

(2) «Esta palabra se deriva de la raíz *as, ser*, en latín *esse*; se encuentra bajo la forma irania en el nombre zenda del gran dios de los antiguos medopersas, que es *Ahura-Mazda* en el *Avesta*, *Oromazdas* entre los griegos, y *Ormuzd* hoy.» Burnouf, *loc. cit.*

(3) Así dice monseñor Pallegoix, obispo de Sian, y M. Burnouf aprueba esta definición.

(4) «Agni, eres para los hombres el generoso Indra» (*Gritsmada*, I, 440); y M. Burnouf añade: «Aquí es, pues, reconocida por sér, en cierta manera, la fuerza vivificadora de los dioses.»

(5) *Sirius*, astro luminoso de los griegos; *Surya* viene de *sur* ó *svar*, brillante.



san, el viviente, el vivificador, el conservador, el afortunado, el poseedor de todos los bienes.

Después de estos vienen los *Asuras* (Asours), principios vitales, séres «que viven por sí mismos, y que para las cosas que se mueven son el principio del movimiento (1),» suerte de genios, de espíritus superiores inmortales, intermediarios, que poseen cuerpos gloriosos, «*divyavaps*,» que no se sujetan ni á los lugares, ni á los espacios, ni á los tiempos; pero que pueden manifestar su presencia por actos locales, por formas definidas, por sensaciones limitadas á un solo hombre. «Con estos caracteres, ¿quién desconocería la noción adulterada de los ángeles? Estos *Asuras* son inteligentes; su acción se manifiesta por todas partes; son los agentes del espíritu divino, del moderador del mundo.

Pronto afectan el carácter antropomórfico; la credulidad y la superstición, les representa como recibiendo formas humanas; degeneran en ídolos y gigantes, y pueblan el panteón popular. Pero al mismo tiempo, como para los sábios y eruditos permanecen instrumentos ó manifestaciones del Sér por excelencia, de la divinidad, no tardan ya en confundir en esta idea de la divinidad el mundo á través del cual hacen circular el movimiento y la vida. Esta es la pendiente inevitable que conduce al panteísmo.

Por consiguiente, idolatría de un lado, panteísmo del otro, los dos grandes escollos en donde encallará la India, se encuentran en el veda; y los aryaes primitivos no se han escapado de ella.

Esta religión, que contiene ya en gérmen todos los errores, tenía un culto, y este culto descansaba sobre el sacrificio. El sacrificio es la obra por excelencia (*Kratu*) (2); comprende los ritos, las ofrendas y también los himnos y las súplicas; y en los himnos se encuentra á la vez, el dogma y la moral.

El sacrificio se celebra sobre altos lugares á cielo descubierto, en un recinto cerrado con empalizadas, desde donde la vista podía sumergirse en el empero y seguir los movimien-

(1) Esta definición es de M. Emilio Burnouf.

(2) En griego, *Kratos*, la fuerza por excelencia.

tos de los astros. En medio se elevan tres altares de tierra: el primero en el centro, que es el trono de Agni, y á la derecha y á la izquierda, los dos altares unidos al primero por una curva que les reata como una serpiente. El *trivédi*, está rodeado de un tapiz de yerba santa, *Kuza* (1). Los sacerdotes se aproximan; son en número de siete (2). Encienden el fuego, el fuego símbolo de Agni, que se adquiere por el frotamiento de dos ramas secas; sobre este fuego se depositaba la ofrenda: el *havis* es la manteca clarificada que se esparce sobre el hogar, que le alimenta y que se consume con él. Al mismo tiempo se prepara el *sóma* (3), el brevaie divino, el licor del dios de las batallas, que anima el valor y le exalta hasta la embriaguez. El *sóma* se mezclaba con las tortas de cebada ó de harina; tal es la materia del sacrificio que devora el hogar del altar (4). De ordinario bastaba este sacrificio; sólo en las ceremonias solemnes era cuando el sacrificio llegaba á ser sangriento; se inmolaba entonces al más noble de los animales, el caballo, el *açvaméda*.

Al holocausto se añade la súplica; el himno que interpreta los símbolos; el himno que es la *alabanza*, *stuti*, y que añade á la ofrenda material la ofrenda espiritual, la ofrenda de la

(1) Nótese esta persistencia del número tres asociado á la unidad.

(2) Recuérdense los siete amshaspandas de Ormuzd, los siete espíritus de la presencia en Egipto, etc.

(3) El *sóma*, que es tan célebre en los himnos, designa la planta conocida bajo el nombre de *asclapiada acida*. Las mujeres la iban á recoger, á la luz de la luna, sobre la colina donde crecía. Los sacerdotes separaban los extremos lechosos de sus tejidos, y les reunían en un mortero, en donde eran triturados por un mazo; después se les colocaba bajo la prensa; se les filtraba y se dejaba fermentar el licor. El *sóma* llega á ser por este medio «una sustancia blanquecina tan dulce como la miel, que adquiere después un color trasparente, un olor agradable, que chispea y que, vertido sobre el fuego, se inflama y desaparece en el aire. Era este una especie de vino, en un tiempo y en un país en que el vino y la vida eran absolutamente desconocidos.» E. Burnouf, *op. cit.*

(4) Es necesario notar estos sacrificios primitivos, que recuerdan el pan y el vino, tales como les ofrecía Melquisedec, el rey de Salem.



voz y del corazón; el himno que ha sido enseñado por Vaé (1), la «palabra santa», el «primero de los seres inteligentes», el «tesoro de la súplica.»

Seguramente estos rasgos son notables. ¿No hay otros? ¿Y si interrogamos á la memoria de los aryás, enmudecerá sobre los grandes hechos del origen del mundo?

El *Veda*, es verdad, da poca luz sobre estos puntos tan dignos de interés. Pero desde luego el veda no es el único en los orígenes de la antigua historia de la India; si despues avanzamos, encontraremos en el período brahmánico un conjunto de tradiciones, que indudablemente no han venido de fuera, y que no han podido pasar á los libros posteriores al *Veda*, más que despues de haber sido implícitamente conservadas por la memoria de la nación arya-primitiva. Y como la era brahmánica, que se llama la «Edad Media» de la India, se remonta por lo ménos al siglo XVIII antes de Jesucristo, estamos en derecho de trasladarnos allí; á ella y á sus testimonios es á quien vamos á recurrir.

No terminaremos, sin embargo, sin reservar un lugar á los recuerdos que la era posterior nos ofrecerá todavía vivientes, y cuyo sello habia conservado el *Veda*.

Así, al principio, la existencia de Dios, del Dios único, fuera del cual no existe nada; el caos con sus abismos y con sus tinieblas; despues la creacion saliendo á la voz de Dios y manifestándose bajo la accion del espíritu; hé

(1) En latin *vox*: es el nombre supremo de *Saravati*, la diosa poderosa, «la esposa del sacrificio.» De ella, de esta «palabra», es de quien canta estas admirables maravillas el himno IV del *Veda*.—«Yo soy reina y señora de las riquezas; soy honesta....—El que nace, el que respira, el que oye, come conmigo los panes sagrados. Los ignorantes me destruyen. Amigo, escúchame, digo una cosa digna de fe.—Digo una cosa buena para los dioses y para los hijos de Manu (los hombres). Al que yo amo, le hago terrible, piadoso, sábio, esclarecido.... Yo recorro el cielo y la tierra.—Yo existo en todos los mundos y me oigo hasta en los cielos.—Tal como el viento, yo respiro en todos los mundos. Mi grandeza se eleva por encima de esta tierra, por encima del mismo cielo.» M. Burnouf no puede ménos de ver aquí «el punto de partida de la teoría del *logos*,» del verbo. A nuestro modo de ver, es un recuerdo alterado.

aquí las creencias que se vuelven á encontrar con veneracion, á través de los progresos ya sensibles del error y de la duda. Oigamos este pasaje (1):

«Nada existia entonces, ni el ser, ni el no ser; ni el cielo, ni el firmamento. ¿Quién era el que cubria todo? ¿Cuál era el receptáculo de todo? ¿Era el agua, el profundo abismo? No existia entonces la muerte ni la inmortalidad. El dia no lucia en la noche. Solo él, Único, respiraba sin aliento, y fuera de él no existia ningun otro. La oscuridad reinaba en el principio, rodeando todo de tinieblas, como un Océano sin luz. El gérmen oculto en su cubierta salió solo por la fuerza del calor. El deseo surgió desde luego, y fué la primera semilla del espíritu. Tal es el lazo que los sábios, meditando, han reconocido entre el ser y el no ser.»

Este himno se termina por estas palabras, en donde se introduce ya la duda:

«De dónde procede este mundo, si ha sido creado ó no, esto es lo que sabe Aquel que es en lo alto de los cielos el director supremo, y quizá Él no lo sabe.» Comienza el trabajo de la aberracion cuando se quiere hacer notar la tradicion siguiente. Se trata del diluvio y del patriarca reservado para librarse de esta ruina del mundo y volver á comenzar el género humano.

Este patriarca es el hombre «inteligente, el pensador;» su nombre es *Manu* ó *Manou*, y se le llamaba hijo del sol, *Vaivastata*.

Ya hemos visto en las tradiciones cosmogónicas cómo fué salvado Manu del diluvio. Inmediatamente despues de haber sido salvado, ofrece el sacrificio, ese sacrificio «que será el tipo de todas las generaciones futuras;» y por este sacrificio obtiene una hija llamada *Idá*, que viene á ser sobrenaturalmente la madre de la humanidad. Manu conserva el título de padre de los hombres (*Manushpitar*), á quienes tambien su nombre sirve en adelante de apelacion; porque los hombres son *Manór apatya*, la descendencia de Manou, y Manou quiere decir el sér inteligente, el hombre, *Manu*.

Bueno será hacer notar aquí los hechos to-

(1) Está sacado del *Rig-Veda*, X, 129; traducido por Max. Müller, y citado por Pictet, *op. laud.*



mados, en un tiempo más ó ménos lejano, de las relaciones con el pueblo de Israel. Son los restos de la tradicion humana, y segun dice un sábio contemporáneo, «los fragmentos dispersos que se encuentran entre los aryás y otras razas, son los fragmentos desprendidos de un sistema primitivo.» Son las hojas extraidas del

gran libro de la historia primitiva, cuyo original ha sido delineado por el inspirado autor del Génesis, á quien sirven de contraprueba y de confirmacion.

Con esta observacion, cerraremos el primer período de las edades antiguas de la India.